

## AL MARGEN DE LOS LIBROS

**VIENTO EN LAS CAMPANAS**, por Antonio Reyes Huertas. (Barcelona, 1949).

Manuel Mirio tiene unos cincuenta años de edad. Ha nacido en un pueblecito de la provincia de Badajoz. El autor no lo dice así, pero lo da a entender. Mirio es cate-drático de Literatura y enseña esta disciplina en la capital hermana. Se ha instalado como huésped en casa del señor Blas, el imaginero, en donde ya estaba hospedado D. Antonino Muro, muy ilustre señor chantre del Cabildo. El señor Blas es un buen hombre; callado, culto, entendido en el oficio. Su mujer, la señora Fidela, muy discreta, y Clara, hija de ambos, la sal y pimienta de aquel hogar.

D. Manuel, tras el acostumbrado paseo de la tarde, gusta de tomar café en el *Mundial*. El que sirven en este establecimiento es exquisito, así como los pastelillos de crema y otras golosinas, que comparten las inclinaciones restauradoras del cate-drático. Allí, en lo íntimo y recoleto de una pieza contigua al salón principal, entre bocaditos al pastelillo de crema y sorbos del aromático café, se entrega al soliloquio —cosa a la que propende su natural inquiridor y discursivo— o charla, a sus anchas, con Pedro, el camarero. Pedro es un andaluz que, aunque abandonó a los siete años Sevilla, tiene mucho «angel» o garabato, como diría Valera.

D. Manuel Mirio conoce en el *Mundial* a Bina Dulce, hija de un coronel ya fallecido. Morena y llenita, sin que este diminutivo desvirtúe otras particularidades físicas: la estatura alta y el empaque arrogante. Bina debe de contar unos treinta y tantos años, pero sin rebasar el séptimo lustro. La mujer a esta edad —recuérdese a Balzac— es muy peligrosa, está llena de incentivo. D. Manuel sabe muchas cosas; conoce a clásicos y modernos; corrige el lenguaje de su compañero de pensión, el canónigo: enredado en escribir una obra sobre las atrocidades cometidas en España por los soldados de Napoleón, y como le son poco simpáticos los franceses, no quiere incurrir en ningún apóstrofo galicismo; está versado en etimologías y le es familiar la tragedia griega, con sus incestos y sus adulterios. Pero D. Manuel que sabe todas estas cosas, no sabe calcular bien el paso que va a dar, y atraído por esos treinta a treinta y cinco años de Bina Dulce: «plenitud de madurez en que, como en las frutas, el aroma, el color y el sabor de la femineidad son la misma cosa», cae como el más incauto par-dillo en las redes de la espalada señorita.

No tarda mucho en surgir el primer desengaño. Los caracteres no son muy afines, los gustos tampoco. Cuando las sustancias que han de combinarse no simpatizan entre sí, ya sabemos que es lo que pasa. D. Manuel, que previendo durante el estío la estancia en el amable y acogedor pueblecito donde naciera, ha mandado arreglar la casa y hacer nuevas plantaciones en el huerto —en aquel huertecito del azufaífo, y del peral sanjuanero, y de la higuera «que entraba a mojar sus raíces en el pozo»—, ve desvanecidos todos sus sueños. Bina, su esposa, decide ir a Montemayor contra viento y marea. Mirio se queda solo en casa. Su corazón está herido por el dardo envenenado de esta primera desavenencia conyugal. Su sensibilidad, muy despierta siempre, cual corresponde a un espíritu cultivado, ha sufrido impresiones terriblemente dolorosas. Sin embargo, acaba por imponerse lo que pudiéramos llamar «el buen sentido», y emprende el viaje a Montemayor, para unirse a su mujer. Y ahora es cuando surge el drama. Mirio sorprende a Bina en compañía de su amante. La situación no puede ser más grave, y lo es aún más porque Bina está encinta y en la conciencia estremeada de Mirio se abre una atroz interrogante.

¿Cómo se desenvuelve la acción novelesca desde este momento? De tan tremenda situación —tremenda a pesar de lo frecuente que es en la vida real, en el teatro, en la novela— nace todo el interés verdaderamente dramático del libro. La maestría con que el autor lleva desde ahora la fábula, está fuera de toda duda.

Paralelamente a la acción principal se ha venido desarrollando otra. Los amores de Clarita, la hija del imaginero y de la señora Fidela, con Paco, el tipógrafo. Una desilusión más. Paco es un degenerado, y si se nos permite emplear una expresión muy gráfica, un mal bicho. Gandul, bebedor, desaprensivo. A poco de casarse con Clara, tras ese breve período de tiempo en que el verdadero carácter y las preconcebidas intenciones permanecen ocultas o disimuladas al menos, se muestra tal cual es, con sus hábitos, sus caprichos y sus apetencias. Muerto el señor Blas, no siente ya el menor escrúpulo en realizar totalmente sus planes y acaba despojando a la señora Fidela y a Clarita de la mayor parte de cuanto poseen. El mismo Mirio es víctima

también de la cínica conducta del tipógrafo, pues ha de subvenir con su propio dinero a sus exigencias pecuniarias. Un día, D. Manuel sorprende a Paco pegando furiosa y despiadadamente a Clarita, y se ve obligado a tratarle con la máxima dureza. El in-fortunio ha puesto los corazones de Clara y Mirio uno al lado del otro. La hija del señor Blas, tras la violenta escena a que acabamos de referirnos, sale precipitadamente de casa, dispuesta, sin duda, a poner término a una existencia tan poco envidiable. D. Manuel va en su seguimiento e impide que Clarita ejecute sus propósitos. Y por el camino, al regresar a casa, encuéntrase con Paco, que los denuncia a gritos ante los sorprendidos curiosos de la calle, como transgresores de la ley moral.

El infortunio de ambos promueve en sus corazones una mutua corriente de sim-patía. La felicidad de dos seres no nacida a expensas de ambos, puede mantenerlos distanciados entre sí porque la dicha nos provee de valor, de seguridad en nosotros mismos, pero la desgracia les empujará siempre al uno junto al otro, ya que al des-pojarlos de toda garantía vital, les impele a unirse para sumar ante el dolor sus res-pectivas resistencias morales. Mas no se crea que el autor del libro, cuya educación religiosa es muy firme, va a ilevarnos por caminos prohibidos. D. Manuel, que al se-pararse de Bina había vuelto a casa del imaginero, ante el escándalo que a costa su-ya y de Clarita promoviese Paco, el tipógrafo, en las calles de la ciudad, decide aban-donar su albergue. No tarda mucho, tampoco, en dejar asimismo el ejercicio de su carrera y en acomodarse en la grata y lugareña casita donde naciese. La casita del huerto, con el azufaífo, y el peral, y la higuera, que juntamente con el «viento en las campanas» constituyen los motivos poemáticos del libro. Y cuando, instalado en este ambiente de merecida paz, con un retorno efectivo a las prácticas y entretenimientos del remoto pasado, recibe por conducto del canónigo D. Antonino Muro, la noticia de la muerte de Paco, —Bina había muerto ya a consecuencia del parto, sin que a él sobreviviese el ser que llevaba en las entrañas—, no se crea que va a sucumbir a los imperativos del corazón, ni de la carne. Mirio, tras un soliloquio que no tiene desper-dicio alguno: tales son sus altos valores éticos y afectivos, resuelve quedarse en el pueblo y renunciar a los oros otoñales de una segunda boda.

He aquí, contado a grandes rasgos, pues los estrechos límites en que hemos de gobernos no nos permiten detenernos más, pero sin que hayamos omitido pormenor alguno importante, el asunto de la última novela que nuestro ilustre colaborador, don Antonio Reyes Huertas, acaba de publicar.

Se ha optado por el género autobiográfico, que da un sentimiento más cálido y efusivo al relato, ya que es la propia sangre del narrador la que circula, ardiente y copiosa, por él. Manuel Mirio nos refiere los hechos más notables de su vida, y cuando soliloquia procura que su voz, vehículo de nobles e íntimas inquietudes, llegue a nuestros oídos. Es una figura interesante. De un empaque intelectual, de una «petu-lancia» simpática y agradable. Sus lucubraciones los atraen y subyugan, sin que se rebote nuestra atención si se dilatan o se complican. Y toda su conducta personal, a lo largo del relato, es ejemplar, irreprochable. A su lado Bina Dulce desmerece; tiene menos resonancia humana; se nos muestra menos auténtica y palpable. Y si es ella, con su torpe liviandad, la que proporciona elementos de primer orden al novelista para que teja una fábula llena de interés y de emoción, ¿cómo se descuidó su forjadura? ¿No hubiera sido conveniente hacerla más cálidamente humana; insistir en los rasgos más distintivos de su carácter; traerla más frecuentemente a la liza de la novela, para que el lector la vea y la toque, como ve y toca a los demás personajes importantes: a Clarita, al imaginero, al canónigo, —que no desmerece al lado de esos compañeros de sacerdocio que, *mutatis mutandis*, nos han pintado los autores de *Doña Luz*, de *La Regenta*, de *Doña Perfecta*— a Pedro, a Paco, el tipógrafo, a Estrellita, incluso?

El chantre D. Antonino, efusivo y ecuanime; algo pendiente de sí mismo; rasura-do, pulcro, amable, mundano. Se entera de cuanto ocurre en la ciudad. Cultiva la literatura, si bien siente preferencia por la historia, más conforme por su severo con-tinente, con su sagrado ministerio. Y le gusta, sin caer de hoz y de coz en el siba-rismo, pero bordeándolo quizás, que le sirvan a la mesa liebre con salsa de piñones, y asado de cabrito, naturalmente sin quemar ni arrebatar; y su pocillo de chocolate, como tementempí o piscolabis de la tarde. Padece sus obsesiones, como la mayoría de los tributarios de Clío. Es enemigo personal de Napoleón, «a quien conceptúa como una encarnación monstruosa de la soberbia de César y la vanidad de Nerón». Y apar-te sus vastos conocimientos de este pasado próximo, está muy enterado de aquella arte cisoria integrada por ciertas especialidades de orden doméstico o conventual.

El señor Blas, el imaginero, su huésped o patrón, nada tiene que envidiar tampoco a esos otros artesanos—talabarteros, pelaires, carpinteros, cerrajeros, zapateros, especieros, regatones, etc.—con que topamos en las obras maestras de la literatura. Paco, el tipógrafo, «huraño, duro, reconcentrado», sin que la luz de la bondad, de la hombría de bien ilumine los entresijos de su corazón, y cuya subsiguiente proclividad es cada vez más ostensible al lector, está muy bien dibujado. Y Estrellita, el regente de la librería de los hermanos Campón, tan dado a las etimologías, conocedor de la vida y milagros de todo el mundo y que comparte con D. David «la admiración y el análisis de las muchachas alegres y jovencitas que pasaban delante de la tienda»; y doña Rosita, con ese «pelo de estopa de todas las viejas a medio encanecer y un rostro de uva arrugada, caricaturizado un poco por el colorette»; con unos perfiles morales que si no son del todo propios de una celestina, no pueden tampoco negar cierta afinidad o parentesco. Y muy especialmente, Pedro, el camarero; gracioso, jovial, dicharachero, de labia salpimentada de ingeniosas ocurrencias; con ese garbo espiritual andaluz que tanto promueve a la simpatía y a la amistad.

Notemos de pasada que en «la plantilla» de personajes del Sr. Reyes Huertas, Pedro ha venido a sustituir a los Frascos, Choscós, etc., de raigambre bien notoria en la novelística de este autor.

Pasemos ahora de los personajes, cuyos rasgos físicos y psicológicos, indumento, hábitos y costumbres están pintados o descritos con mucha propiedad y maestría, al escenario en que se desenvuelve la acción.

No es difícil reconocer la ciudad donde ocurren los principales acontecimientos de la novela. Unas murallas la cercan y un río lanza sobre ella su húmedo aliento. El Sr. Reyes Huertas, cuando se encara con las cosas para describirlas, opta por dos o tres pinceladas vigorosas y precisas, en vez de recrearse en pintarlas con la morosa voluptuosidad de nuestros novelistas de fines del XIX. El ritmo de la vida actual requiere otro *tempo*. Han quedado muy lejos las prolifas descripciones de Balzac, Zola, Flaubert, Daudet, y demás representantes del realismo y del naturalismo. Nuestro admirado conterráneo, cuyo lenguaje cálido y plástico, lleno de fuerza expresiva, viene muy bien a su *modus operandi*, toma del arsenal de la imaginación los elementos primordiales de las cosas y los ensambla sobriamente. Y si no nos seduce por la multitud del pormenor, nos atrae por la energía y precisión del dibujo.

«Anduve al azar por las calles más anodinas, esas calles leprosas que enfilaban viejas viviendas de color de escombros. Me incitó el rojo de ladrillo cocido del mercado, como un muelle de estación, y derivé hacia la ronda de la muralla, junto a la vieja fortaleza moruna. Bajo mis pies parecía temblar el alma del pasado enterrada allí. Las paredes, desportilladas, festoneaban sus grietas con la vegetación solitaria de las ruinas. Abajo, en los cimacios de un cubo, se esparcían pedazos de cristal y de trapo, esa carroña de la pordiosería de los suburbios, entre cardos y malvas que hacían más funerario el paraje» (1). Y más adelante: «Cantaban los niños en coros que iban llevando por las calles músicas de zambombas y villancicos. Por todo el aire de la noche flotaba como un olor de infancia desnuda y sentí yo también cierto dulce deseo de hacer el corazón cristalino y recién nacido. Recordaba las Nochebuenas de mi niñez, el ambiente navideño del pueblo, las lumbres que encendía mi padre en la cocina y los romances que cantábamos los niños yendo de puerta en puerta» (2).

Nada sobra, ni nada falta para que tengamos una fuerte impresión concreta de aquel cuadro físico o moral que al autor del libro le conviene mostrarnos. Por no dilatar demasiado estas glosas pasamos por alto otras descripciones del libro, cuya transcripción o simple enunciado vendría a corroborar cuanto queda dicho.

Se ha censurado por algunos críticos el voluntario apartamiento del Sr. Reyes Huertas de temas que pudiéramos llamar universales. Librenos Dios de hacer lo mismo. Pereda, cuando salió de la Montaña, escribió *La Montálvez*, muy inferior sin duda alguna a sus demás novelas, y sobre todo a *Sotileza*, *Peñas arriba* y *La Puchera*. Blasco Ibáñez no es superior en *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, ni en *Mare Nostrum* al novelista de *La Barraca* y *Cañas y barro*: verdaderos poemas en prosa como *Los trabajadores del mar* o *Pablo y Virginia*. Que se mantenga mucho tiempo esta vinculación de nuestro ilustre paisano a la tierra extremeña, es lo que debemos desear.

Como hemos leído *Viento en las campanas* con grande delectación, pero sin dejar a un lado el sentido crítico—entre otras razones, porque nos lo impone este deber que

(1) Pág. 95.  
(2) Pág. 100.

con tanto gusto también estamos cumpliendo—vamos a hacer dos pequeñas observaciones. ¿Cómo dos mujeres tan avisadas como Bina Dulce y doña Rosita confían el éxito crematístico del enlace de la primera con el catedrático Manuel Mirio a las manifestaciones de un camarero (Pedro, el del *Mundial*), que por añadidura es andaluz, y consiguientemente hiperbólico? Hoy, al menos, y creemos también que en los días no muy lejanos en que se desarrolla esta fábula, no hay quien se case, si está dispuesto a hacer una buena boda, sin visitar antes al Registrador de la Propiedad, al Delegado de Hacienda, al Recaudador de Contribuciones y a los Directores de los Bancos. ¿Cómo una persona tan mundana y sibarita o semisibarita como el canónigo y chantre del Cabildo, D. Antonino Muro, va a renunciar de pronto a su liebre con salsa de piñones, a su asado de cabrito y a su pocillo de chocolate, para acogerse a la paz y olvido del mundo, en la cartuja de Miraflores?

«¡Cartujo D. Antonino! ¡Otro suave milagro!» —exclama el autor.  
Y de los gordos, diríamos nosotros.

Hemos observado ya, a su debido tiempo, que el lenguaje del Sr. Reyes Huertas es cálido y plástico. Fluye con deliciosa espontaneidad; es rico, copioso, castizo. Está lleno de bellísimas imágenes y encierra tesoros de poesía. Por eso saltan más a la vista algunas deliberadas concesiones a los usos imperantes: *confidenciarnos, justeza, desplazado, endulcoradas* (1), *placerosas, asperezaba, sugerencias, harineaba, fondosas*, etc. Para nuestro gusto, todas estas palabras espurias o sacadas de quicio, deberían sustituirse en la próxima edición por otras más apropiadas y de mejor propapia. Un autor como el Sr. Reyes Huertas, que ha sabido hurtarse siempre a las modas abominables, en el orden moral y estético, impuestas por escritores desaprensivos, no debe dejarse atrapar por esta otra moda del neologismo innecesario, del entrometido barbarismo y de la liviana impropiedad: corrupciones con las que nada gana el áureo tesoro de nuestra lengua.

Bien satisfecho puede estar nuestro admirado novelista de la obra que acaba de brindarnos. Lo interesante de la trama, la fidelísima pintura de los personajes, cuyos caracteres ofrecen el contraste necesario para que la acción nos atraiga y subyugue, las brillantes descripciones y bellezas de estilo que contiene, abonan nuestra creencia. La hemos leído sin un alto en la lectura. ¿No es este el mejor elogio que puede hacerse de una novela?

\*\*\*

#### EL JUGUETE CAÍDO, por Celestino Vega Mateos. (Villanueva de la Serena, 1940).

Han pasado nueve años desde que aparecieron estas que pudiéramos llamar hojas de poesía. Su autor, el inspirado poeta Celestino Vega, ha tenido la gentileza de dedicarnos un ejemplar. Tan grata circunstancia nos depara la ocasión de rendirle el público homenaje que se merece.

Por lo general, a los que nos detenemos a señalar defectos de forma, descuidos y lunares, se nos considera tardos o incluso ineptos para comprender y estimar el fondo lírico de un poeta. «¡Bah!, ese señor sabrá mucha Retórica y mucha Gramática, pero no cala la belleza y emoción que pueden contener unos versos». Y la verdad, dicho sea sin nombrar a nadie, es que no hay tales carneros. Porque cuando damos con un poeta auténtico, que siente y sabe transmitir sus afectos por medio del lenguaje rítmico, ¡qué duda cabe que nos vibran las cuerdas del corazón?

*El juguete caído* está integrado por la composición de este mismo título y seis más. El héroe de estas bellas poesías —bellas por su sentimiento lírico y por su forma—(1) es un hijo del poeta: Rafael, muerto repentinamente cuando jugaba con sus amigos el 11 de octubre de 1939. Tenía doce años. «Aquella tarde —dice su padre en una patética nota o advertencia— volví a casa trayendo recostado sobre mi hombro su cabeza transida». ¡Cómo no habían de removerse en su alma los más castos y hondos sentimientos! ¡Tan poderoso acicate tenía que herir profundamente el corazón del poeta!

Hablan las cosas!

Tú has oído  
cómo pregunta por su dueño ausente  
el juguete caído?

.....f.....

¡Guarda poco la tierra! Derramada

(1) Es posible que se trate de una errata, porque no existe el verbo *endulcorar*, pero sí *endulzar*.  
(2) Algunos versos estarían más «apretados» si no se hubiesen tenido determinadas licencias.

el alma por las cosas, no se ha ido.  
¡La escucho en la llamada  
del juguete caído!

Qué lástima que la falta de espacio nos prive del placer de reproducir íntegramente este testimonio irrefutable de un verdadero poeta lírico! Con qué sencillez, con qué sobriedad, con qué forma más nítida y escultórica, exterioriza el Sr. Vega Mateos el drama de su dolor! ¡Ah, es que cuando hay que decir algo, cuando los afectos y las ideas manan espontáneamente, como el agua del hontanar, no es necesario retorcer las imágenes, ni violentar las comparaciones, ni poner el corazón en el potro de tormento de los *ismos* literarios!

El tema filial (1) adopta a lo largo de estas breves páginas cambiantes destellos de inspiración. Primero es el juguete caído, después la imposibilidad del poeta de comprender los designios de Dios:

Era en mi vida todo: ¡lusión..., compañía...!  
Señor: Ya que no puedo comprender tus designios,  
¿por qué no me llevaste con él junto a tu lado  
como iba él por las tardes de paseo conmigo?

Más adelante, el marinero de tierra adentro, que siempre sueña con el mar, se pregunta:

¿hacia donde fué aquel navío  
del que eras tú capitán?  
.....  
(Mi corazón va con mis ojos)  
¡Ay, quién pudiera encontrar  
por el mar de los altos cielos  
el navío y el capitán!

Y cuando vuelve a aquel lugar tan conocido donde, padre e hijo, terminaban sus paseos, el recuerdo del ausente se llena de melancolía y se viste de estos leves tules poéticos:

Hoy he vuelto al lugar tan conocido  
donde nuestros paseos terminaban;  
—¡los árboles sonoros, el paisaje,  
el mismo puro rebrillar del agua!—,  
junto al banco de piedra, siempre el mismo,  
en que el hombre y el niño se sentaban.  
Tan fuerte era el recuerdo, era tan hondo  
que todo el corazón se alucinaba!  
Escuché tu voz única y alegre,  
pura, distinta, emocionada y cálida,  
y no te pude ver junto a mi lado,  
porque nunca se ve tras de las lágrimas!

Hermosos afectos los del poeta, comunicados al lector con esa seductora naturalidad de que echa mano el corazón en sus momentos de íntimo, entrañable lirismo. La palabra precisa, la imagen verdadera y el verso labrado a cincel.

\*\*\*

#### LLAMADA (Poemas: 1947), por Manuel Arce. (Santander, 1949).

¡Qué viva simpatía sentimos por estos muchachos cultivadores del verso —de los renglones desiguales, como decía D. Julio Nombela—, que meten las manos temblorosas en el océano de la poesía en busca de nuevos tesoros líricos que ofrecernos! Rompen con la tradición; se vuelven de espalda a los clásicos; forjan en los talleres de la fantasía y de la sensibilidad imágenes y comparaciones atrevidísimas; traen las alforjas llenas de flamantes epítetos y levantan la bandera de la revolución en el mundo de los sentidos, dictándoles nuevos fueros, por virtud de los cuales quedan invertidas sus funciones específicas.

(1) Gabriel y Galán, Enrique de Mesa y Ramón Pérez de Ayala han compuesto sendas admirables poesías sobre el hijo: *El Cristo Bendito*, *El poema del hijo* y *Castilla*. Juan Ramón Jiménez, el uruguayo Carlos Roxlo, Marciano Zurita, etc., se han inspirado también en los niños, tomando a éste como objeto principal del verso.

Los años acaban poniendo el bocado y el freno a este corcel de sangre ardiente, que lleva las crines al viento y llena de espuma la boca. Pero en tanto viene esta sensatez, ¡cuánta admirable audacia! ¡cuánto impulso arrebatado! ¡qué lírica exaltación cantando en cada verso!

Manuel Arce nació en San Roque del Acebal (Asturias) el 13 de Febrero de 1928, tiene, pues, 21 años. Actualmente reside en Santander. En 1948 dió a la estampa sus primeros poemas en la revista *España*, que se edita en León, y fundó y dirige las Hojas de poesía que bajo el título de *La isla de los ratones* aparecen periódicamente en Santander, pero sus actividades literarias datan de los 16 años. Colabora y ha colaborado en las páginas relevantes de *Cántico*, *Proel*, *Raíz*, *Verbo*, *Manantial*, etc., que recogen los alientos líricos de la más reciente generación de poetas.

*Llamada* consta de treinta bellos poemas, divididos en dos partes, más una introducción constituida por un soneto de estatuaría forma y henchido de sustancia lírica. El volumen está dedicado por el autor a sus padres. El texto compuesto a mano por Gonzalo Bedia, con tipo elzeviriano, y la presentación, muy cuidada y elegante, a cargo de Pablo Beltrán de Heredia. Rimbaud y Rilke exornan con sendos pensamientos las primeras páginas del libro.

No se crea por cuanto hemos dicho, al principio de estos comentarios, respecto de las nuevas generaciones de poetas, que Manuel Arce haya roto todo vínculo con las formas clásicas de la poesía. El joven Director de *La isla de los ratones* tiene como Jano, dos caras: una mirando a nuestras letras áureas de los siglos XVI y XVII, y otra a las audacias y originalidades, no siempre razonables, de la lírica actual. Porque en las últimas hornadas de nuestros poetas hay de todo: muchachos con la escarcela llena de monedas legítimas, como esos *Amigos antiguos*, de Julio Maruri, bellísimo poema en que la ternura melancólica de los sentimientos se alía con una primorosa forma, y jóvenes que aroso y bello han de querer hacer pasar como poesía verdadera el cúmulo de extravagancias que se les ocurre.

El soneto intitulado *Esperanza*, que Manuel Arce pone al frente de sus poemas, tiene imágenes, giros, cadencia y ritmo de más entronque con la lírica clásica que con la moderna. Ese «viviendo en soledad con esta espera», y ese «vivo, vida que espero cuando muera», bien declaran el origen de su raíz lírica.

Arce forja el verso con diestra mano. Sin hacer concesiones al mal gusto, si el mal gusto es erigido en cánones estéticos. «Dorándome en su luz de mediodía», «este dolor que llevo hiriente y frío», «loco de amor y venturoso celo», «al par de esta otra muerte que es la vida», «esta imperiosa muerte o primavera!» pueden señalarse como impecables modelos de versificación. No les falta ninguna de las cualidades de fondo y forma que ha de reunir el verso para que sea grato al intelecto, al corazón y al oído.

Otras veces el poeta se sume en la bruma de su pensamiento. Vaga sobre o en torno de ideas o afectos que no consigue atrapar del todo, y los versos adolecen de la misma imprecisión:

A tu llamada—amor—mis realidades,  
sueños en su caer, alas copiosas,  
por tu cuello llegando hasta tus rosas  
blancas en soledad de soledades.

Se sacrifica el claro sentido de que debe empaparse la poesía para que ésta llegue al corazón más pronto, sin el concurso analítico de la mente, en obsequio de la música y ternura de las palabras.

*Los Vivos*, *Balcón de otoño*, *Cancioncilla al amor perdido*, *Destino de mi voz*, *Al par de esta otra muerte que es la vida*, etc., cada una en su línea, ofrecen rico sabor lírico al paladar de los lectores.

Manuel Arce tiene una mano diestra para cincelar el verso. No le falla nunca el oído, de aquí que sea difícil señalarle descuidos en la medida o en el acento. Si a veces es brumoso, porque tiende a cierta vaguedad nórdica, que pudiera venirle de su tierra nativa, más ceñida de nieblas que inundada de sol, otras, en cambio, la naturalidad, la sencillez, la diafanidad de las ideas y los sentimientos, triunfan respecto de cualquier morboso lirismo. (*A una flor*, por ejemplo).

Agradecemos de todo corazón a este inspirado poeta, asturiano de nacimiento y castellano, de la vieja Castilla, de adopción, la amistad que nos ofrece y el bello heraldo que nos ha enviado para anunciarnos tan grata noticia.